

LIBROS

Walter Benjamin: Mochicano de París

Hace poco más de medio año, Walter Benjamin irrumpió con carácter de verdadero acontecimiento cultural en el brumoso laberinto editorial de nuestro país (1). Su advenimiento —no por tardío, innecesario— provocó ciertas situaciones de perplejidad ideológica y excitó algunos leves pruritos, polémicos más o menos enmohecidos por un explicable desuso. Ahora, tras un plazo lo bastante amplio para permitir una cabal digestión de aquella primera entrega benjaminiana, nos llega el segundo volumen de las «Iluminaciones» (2), dedicado íntegramente a un solo tema: Baudelaire y su tiempo.

En rigor, no es el personaje de Baudelaire quien ocupa de forma exclusiva el contenido de estas páginas. Durante más de diez años —desde 1927 a 1940— Walter Benjamin había abrigado el propósito de elaborar un estudio global (histórico, sociológico y filosófico) sobre el siglo XIX. Y así como consideraba que París era sin lugar a dudas el arquetipo metropolitano de la naciente sociedad industrial, estimaba que Baudelaire —un Baudelaire caracterizado por sorprendentes atisbos de lucidez y, al mismo tiempo, por insoslayables contradicciones personales— representaba con toda fidelidad la figura del «poeta en el esplendor del capitalismo».

Pero Walter Benjamin no

(1) Walter Benjamin: «Iluminaciones/1». Prólogo y traducción de Jesús Aguirre. Ed. Taurus, Madrid, 1971. (Véase también: «Walter Benjamin, entre nosotros». TRIUNFO, número 478.)

(2) Walter Benjamin: «Iluminaciones/2» (Baudelaire: un poeta en el esplendor del capitalismo). Prólogo y traducción de Jesús Aguirre. Ed. Taurus, Madrid, 1972.

llegó, por desgracia, a ver cumplidos sus proyectos. Cuando tuvo que huir de París, perseguido por la amenaza hitleriana —amenaza que le atañía doblemente, como marxista y como judío—, entregó los originales de su obra a Georges Bataille. Se trataba de un material fragmentario, redactado en diversas etapas y carente de una estructuración definitiva. Walter Benjamin había decidido dar a su libro el título de «La obra de los pasajes», título que —como señala Jesús Aguirre, su traductor y prologuista— «descubre la falta de énfasis doctrinal con que Benjamin acometía su propósito». Así, pues, las «Iluminaciones 2» constan de tres entregas con unidad propia, pero relacionadas entre sí por el vínculo común del objeto tratado: el París de Baudelaire.

No es de extrañar que Walter Benjamin haya centrado su investigación histórica en el marco de la realidad cotidiana de París. Benjamin —parisiense adoptivo, «flâneur» irremisible, angustiado y solitario «hombre de la multitud»—

—y concretamente a Baudelaire—, Benjamin escribió: «... está en el umbral tanto de la gran ciudad como de la clase burguesa. Ninguna de las dos le ha dominado. En ninguna de las dos se encuentra como en su casa. Busca asilo en la multitud». Lo firmaba del autor de «Les Fleurs du Mal», pero podía haberlo afirmado de sí mismo. Ambos gustaron del «spleen» de París; ambos bebieron «le vin du solitaire», ambos conocieron el paisaje interior de las calles, ambos se sintieron en más de una ocasión semejantes a aquellos indios mochicanos a quienes la imaginación de Dumas o de Paul Féval situara en el centro de paradójicas aventuras urbanas. Aunque a muy distintos niveles, Baudelaire y Benjamin estuvieron sometidos a esa sutil «poesía del terror» propia de quienes se saben supervivientes en un medio hostil, y, sin embargo, ferozmente hermosos...

Ignoro hasta qué punto presintió Walter Benjamin los puntos de contacto que le unían al gran poeta maldito. En todo caso, esas afi-

mohicano, Walter Benjamin ha sido acaso el único gran «flâneur» del marxismo. ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.

La ambigua fábula moral de William Golding

«He discutido algunas de las razones probables de la popularidad de las explicaciones de Ardrey y Lorenz sobre las supuestas causas (biológicas y ecológicas) de la agresividad humana... incluyendo novelas como El señor de las moscas, de William Golding, y el estudio zoológico El mono desnudo, de Desmond Morris, que sirven para subrayar el carácter punitivo de la Naturaleza... En un mundo en que la hostilidad y la agresión parecen ser parte de la naturaleza de cada hombre... es de agradecer que a uno le digan que, efectivamente, de eso se trata... Si uno ha nacido con agresividad innata, entonces no se le puede culpar por ello». Es significativo que en 1968, a los catorce años de la publicación de la popular obra de Golding, sea citada por el biólogo, genetista y antropólogo Ashley Montagu en su prólogo a un apasionante «reading» sobre la agresividad (1). La obra de Golding, en efecto, tal como apunta su actual editor (2), «se limita a ofrecer un rico material simbólico susceptible de lecturas diversas y aún opuestas». Y, desde luego, una de las lecturas, y precisamente la más generalizada —aquella a la que se enfrenta Montagu—, es la que deduce de la obra una clara oposición cultura-Naturaleza, represión-agresividad, o lo que es lo mismo, cultura = represión, naturaleza = agresividad.

La lectura opuesta, según el editor, es la que entiende El señor de las moscas como «una requisitoria moral contra una educación represiva que no hace sino preparar las brutales explosiones de barbarie que monótonamente se producen cuando las coerciones institucionales de las sociedades basadas en la dominación y la violencia se relajan».

(1) Ashley Montagu, «Hombre y agresión», Kairós, Barcelona, 1970.

(2) William Golding, «El señor de las moscas», Alianza Editorial, Madrid, 1972.

Planteadas así las cosas al margen de los valores narrativos de la obra de Golding —valores indiscutibles; la novela se lee de un tirón—, la discusión se centra automáticamente en la validez o invalidez de ese «rico material simbólico» que el autor pone en manos del lector para que éste interprete a la medida de sus afinidades.

Cabe preguntarse en este punto: cuando una narración se emprende con intención simbólica, cuando una narración es concebida por el autor en tanto que fábula moral, ¿hasta qué punto se es congruente con la intención creadora, desde el momento en que la fábula resulta ambigua y el símbolo no es tal símbolo en tanto que permite interpretaciones contradictorias? La ambigüedad en la interpretación, ¿no corresponderá a una ambigüedad en los datos ofrecidos para su lectura? Y la ambigüedad de los datos, ¿hasta qué punto es consecuencia de una falta de claridad en su comprensión en el acto mismo de su creación? En otras palabras, los defensores de la «requisitoria moral contra una educación represiva» encuentran su justificación en la descripción que Golding hace de el coro de niños uniformados y jerarquizados que más tarde se convertirán en asesinos de sus propios compañeros. Pero los defensores de la otra versión tampoco necesitan rebuscar entre líneas para justificarse: la Naturaleza aparece en todo momento como «punitiva», el proceso de dominio de esta Naturaleza —la caza, por ejemplo— aparece ligado lógicamente y naturalmente a una institucionalización de la agresividad entre la comunidad de niños, la «salvación» viene representada por un impecable oficial de la Marina, revólver en cinto, etcétera... En una palabra, esa apasionante y polémica narración que es El señor de las moscas aparece como una pequeña pieza maestra, en tanto que retrato de lo que realmente pudo suceder a unos niños perdidos. En tanto que fábula moral permite de hecho diversas lecturas, es decir, reafirmará al lector en sus previas posiciones. Porque para que la lectura no resultara ambigua, para conocer exactamente las últimas razones de los acontecimientos de la isla, faltan datos o, lo



necesitaba, para reconstruir hechos y situaciones, tanto de los datos objetivos como de la materia viva y palpante. Walter Benjamin podía «aprender» un mundo pasado a través del «aura» de las cosas presentes; estaba específicamente dotado para jugar con la inmanencia del tiempo y del espacio. Era capaz de revivir a Baudelaire.

Refiriéndose al «flâneur»

nidades se disolvían al rozar el terreno de lo político. Mientras Baudelaire fue a lo sumo un penetrante «voyeur», Benjamin se sumergió hasta el cuello en un compromiso ideológico voluntariamente asumido. Pero se sumergió, por así decirlo, a su manera. Porque Benjamin pudo ser —y de hecho lo fue— un magnífico heterodoxo. Sin tortuga peripatética ni plumas de

que es lo mismo, falta una cierta claridad por parte del narrador sobre el tema a desarrollar. ■ J. L. GIMENEZ-FRONTIN.

Bilbao: Las cartas boca arriba

Cuando Vázquez Montalbán visitó Bilbao, dejó constancia de dos instituciones que habían merecido su atención: el pimiento relleno como cultura y la locuacidad de José Luis Merino. Dado que para «los de toda la vida» ser bilbaíno consiste en adoptar un aire de lánguida y elegante quietud, la actitud de Merino en el contexto de «la muy noble y muy leal villa» es casi subversiva. Merino se ha dedicado a esa afición de horas muertas que recibe el nombre de arte. ¡Imperdonable! El arte es en Bilbao pretexto para reunión social, industria para decorar el comedor con marinas y bodegones o inversión segura de los ahorros (plus valía) sacados del otro lado de la ría, pero afirmación vital, nunca.

Durante seis años, la Galería Grises, de Merino, ha ofrecido a la burguesía bilbaína lo que otras burguesías han aceptado, integrado y disuelto. Erre que erre, Bilbao se aferraba a sus mitos más queridos: la mejor ópera es la que se deja tararear; la mejor escultura, la que tiene más músculos, y el mejor edificio, el más marmóreo. Para ella, Woyzeck no podía compararse con Rigoletto, ni Gatti, con Pemán. Obvio es decir que en pintura, los padres de la patria no iban más allá de Zuloaga ni del bodegón. Como dice el propio Merino: «La pintura que está dispuesto a comprar el capitalista vasco, no es otra que aquella que le recuerde su vida acolchada, sin que lo haga salir de su ostracismo satisfecho, donde se halla envuelto en el abrigo de visión de su realidad (irreal, sin duda) apolítica, bobaliconamente desoyendo la antigua voz de Heráclito: «Malos testigos son los ojos y los oídos de los que tienen el alma de bárbaros».

A pesar de ello, Merino se empeñó en ir contra corriente e intentar lo imposible. Por Grises pasaron A. Gabino, Barjola, Miró, Tapias, Saura, Guinovart, Millares, Trinidad Fernández... en medio de la indiferencia

más general. Crítico hubo que dio noticia de las exposiciones mirando los cuadros a través de la puerta. Entretanto, el volumen de ventas de los «pintacocinas» alcanzaba cifras cercanas a las de Madrid y Barcelona; los tiempos en que Bilbao era Bilbao y se publicaban revistas como «Hermes», «Galindo» o «El Nervión» han pasado a ser historia, o mejor aún, leyenda, porque resulta difícil creer en el desolado panorama actual, que hubo una época en la que se podía vivir en Bilbao con cierta altura intelectual.

Contra este medio, Merino ha luchado durante seis años, para al cabo de ellos presentarse en la Delegación de Hacienda e inscribir como causa de su cierre la «incultura y retrogradería de la burguesía bilbaína» (Número de Registro 02740. Referencia de lista, 520-07). El campo que ahora escogía Merino para continuar la batalla era el de menos predicamento en la Villa: la literatura. Escribir en Bilbao tiene algo de vil y de amanuense, profesión del que trabaja con las manos, porque no tiene dinero para pagar a quien le escriba sus alabanzas. A pesar de ello, o quizá por eso mismo, Merino ha llegado a la conclusión de que el poder de la palabra es superior al del signo plástico y ha escupido su amargura en un libro (1) que la prensa local ha dejado pasar en el silencio más absoluto. No es de extrañar si tenemos en cuenta la confesión que abre sus páginas:

«Nací el año de la República en Bilbao (vieja plaza de hipócritas mercaderes, y peores cosas, donde el Medioevo cultural y social coexiste con el Bilbao barbarizado y osificado de hoy) y el pudor con el que en la villa se ocultan las cosas inconvenientes: desde el amante hasta el pariente pobre, pasando por el acento de gabarrero adquirido en los duros años que precedieron a la fortuna». Y Merino es, por todos los conceptos, algo de lo que hay que avergonzarse. Es gritón y disconforme, «shockings», por gesticulante, «snob», por laicista y de origen dudoso («no es imposible que tenga algún punto de sangre gitana, como, también, de sangre preadamita; voluntariamente me siento vasco: no

(1) «Las cartas boca arriba», de José Luis Merino, 1972.

es más que otra cosa, pero es lo que quiero ser; lo triste es que haya nacido libre —como todos los hombres— y no lo pueda ser mientras viva aquí». Incluso su físico abona la hipótesis del mestizaje espúreo. Tiene la tez pardusca y el entrecejo poblado, las manos sarmen-tosas y el vientre liso. Más parece un castellano enjuto que un vasco creador de dinastía siderúrgica. Un renegado, vamos, de esos valores que desconocen los que no han tenido la suerte de na-



J. L. MERINO

cer en Bilbao. Pero es difícil tapar con arena a quien se mueve constantemente. Grises ha vuelto a abrir sus puertas, y una nueva librería, Herriak, ofrece a los habitantes de la villa la oportunidad de comprar publicaciones que se salgan un poco del habitual esquema consumista - decorativo. ■ J. A. ALVAREZ.

«Ocho tesis sobre la ciencia»

Es lugar común el hablar de manipulación del arte y de la cultura, y muchos son los estudios realizados en este sentido y fáciles las constataciones concretas de dicho hecho; sin embargo, existe una parcela de la cultura que hasta ahora no ha sido tratada desde este ángulo por considerarla inmanipulable, y que en muchos casos se pone como ejemplo de objetividad y serie-

dad de trabajo: nos referimos evidentemente a la ciencia.

La ciencia, con su base experimental (en donde no es el hombre quien subjetivamente interpreta los hechos, sino que son los instrumentos quienes miden esos hechos), su metodología de teorías estrictas y verificables en la práctica y el lenguaje matemático que le confiere popularmente los atributos de exacto y absoluto, parecía ser un edificio (tal vez el único) con sólidos cimientos y clara estructura en el que la manipulación del hombre no cabía, siendo posible aquélla sólo en otros campos o disciplinas en donde la interpretación e intervención del hombre hacían inaplicables los «métodos científicos». Olvidando, por ejemplo, que en matemáticas lo único absoluto es su relatividad.

Esta situación es la que pretende colocar a la ciencia en un «status» platónico y pitagórico, de mundo de las ideas, despegado del mundo histórico, cuando en realidad son indisolubles los pares ciencia-historia y ciencia-sociedad (John D. Bernal, Samliley).

En este sentido, el breve cuaderno de Roqueplo (1), escrito en forma de ocho tesis, es esclarecedor, y su análisis de la situación de la ciencia pone de manifiesto el gran asalto a la racionalidad que supone manipular y dirigir toda la ciencia por los minoritarios grupos dominantes y, sin embargo, dar por supuesto el valor absoluto de la ciencia o que «la ciencia no se discute», según expresión hecha hace unos años por un dictador latinoamericano.

Roqueplo habla de significación de las ciencias en cuanto a práctica humana, a búsqueda de conocimiento y en cuanto al incremento de la producción para obtener un beneficio, enmarcándolo dentro de la ciencia burguesa o como un saber crítico dentro del socialismo.

Dada la brevedad y claridad del cuaderno que comentamos, no cabe extenderse en su análisis, sino sólo recomendar la lectura de las ocho tesis sobre la significación de la ciencia, que son las siguientes: saber y poder; la naturaleza,

(1) Philippe Roqueplo: «Ocho tesis sobre la significación de la ciencia». Cuadernos Beta. A. Redondo Editor.

problema político; ciencia y tecnocracia; ciencia y política, las grietas del sistema, ciencia e ideología, ciencia y violencia, ciencia, cultura y política. ■ E. GARCÍA CAMARERO.

El nacimiento de una denominación y de una revista feminista americana: Ms

Los grupos de liberación de la mujer existen en USA desde 1964, y se originan en las mujeres de los pacifistas que no querían ir a la guerra del Vietnam. «Decid que sí a los hombres que dicen que no» fue el primer grito feminista de nuestra generación. Pero pronto descubrieron las mujeres que tampoco querían hacer un papel de subordinada ni un trabajo auxiliar para hombres con ideas más afines a las suyas. Desde entonces han surgido numerosos grupos de liberación en muchos países del mundo, pero sobre todo en Estados Unidos. Cualquier población americana, por pequeña que sea, tiene su grupo de liberación de la mujer y sus reuniones semanales, normalmente dedicadas a la concienciación de las mujeres, y algunas veces dedicadas a conseguir objetivos concretos previamente determinados. Los objetivos prácticos son múltiples, y van desde la exigencia de igual remuneración para igual tipo de trabajo, y la existencia de guarderías infantiles debidamente acondicionadas, gratuitas, permanentes y para todas las edades, hasta el fin general y extraordinariamente de la consecución de la liberación de la mujer como individuo, liberación que implica la liberación del hombre, del ser humano, de la sociedad, del mundo en que vivimos.

Hace tres o cuatro años, en casi todas las Universidades americanas importantes surgieron pequeños periódicos que canalizaban y divulgaban la problemática del movimiento. Se han publicado varios libros teóricos importantes sobre el problema de la mujer actual: *Sexual Politics*, de Kate Millet; *The femal eunuch*, de Germanie Greer; *Women's State*, de Juliet Mitchell... En las estanterías de las librerías más importantes de Nueva York, junto